

No vence con su antigua valentía,  
Y guerra á sus verdugos no declara;  
Aves que váis hacia la patria mía  
Como van mis suspiros doloridos,  
Llevalda el beso que mi amor la envía.

Mas no colguéis en ella vuestros nidos,  
Ni apaguéis vuestra sed en sus corrientes.  
Ni os poseís en sus árboles floridos.

Pasad cual sobre lagos pestilentes  
Sobre sus pueblos, cárceles medrosas,  
Y sobre sus campiñas florecientes;

Y decidla que van por escabrosas  
Sendas, solos, sombríos, fatigados,  
Sus hijos recordando y sus esposas,

Los hijos de Espartaco, los soldados  
Del alma libertad, que son girones  
Del invencible lábaro arrancados;

Mas que en sus esforzados corazones  
Llevan su patria por la tierra extraña  
Hasta las más recónditas regiones,

Y entrar no quieren en la opresa España  
Sino agitando su pendón ufano;  
Porque el río al cruzar que humilde baña

Los límites del suelo lusitano,  
Han jurado á la faz del firmamento,  
De la espada en la cruz puesta la mano,

Antes morir sin agua ni sustento,  
Y pasto ser de las salvajes hienas,  
Que de nuevo vivir entre cadenas:  
Y todos cumplirán su juramento.

## DON ANTONIO APARISI Y GUIJARRO

### Á LA VICTORIA DE LAS NAVAS

Cantemos al Señor: ¡bendito seas,  
Gran Dios de los ejércitos triunfante!  
¿Cómo te ensalzaré? ¿Quién semejante  
Será á tí, vencedor en las peleas?  
Canta, España: su diestra omnipotente  
Fulminó en tu favor en trance fiero;  
De los hijos de Agar devoró ardiente  
Carro, y lanza, y caballo y caballero...  
¡Embista negro espanto  
A quien odie, Señor, tu nombre santo!  
Alzóse armada el Africa furiosa;  
Se alzó, y nervuda diestra sacudiendo,  
En espantable cólera rugiendo  
Hizo brillar su espada pavorosa;  
Y agitando los bárbaros pendones,  
Gritó con alarido:  
«Y sufriréis magnánimas naciones  
»Que los cristianos, míseros esclavos,  
»Destrocen sus cadenas, ciñan bravos  
»Laureles de victoria...

»¡Oh dolor! y de Alá huellen la gloria?  
»¡Campos de Guadalete!... ¡Vencedores  
»Coronados de lauros indecibles!  
»¡Oh hijos ingloriosos! ¡oh terribles  
»Tristes sombras de padres vengadores!  
»Oid su voz; su voz suena indignada:  
»Con sangre hemos regado nuestro imperio,  
»Volad á sostenerle; á cautiverio  
»Las doncellas, los niños á la espada:  
»Y en perdurable ejemplo  
»Asolad, asolad de Cristo el templo.»

Dijo: y desde su trono fulminante  
Lo oyó, y tronó el Señor en ira ardiendo;  
Y súbito retiembla con estruendo  
Espantoso el olimpo vacilante;  
Enciéndense las copas de venganzas,  
Brillan rayos furentes,  
Tienden sus alas, y de fuego lanzas,  
Angeles mil y mil, vibran ardientes:  
Habla, Señor... turbada  
Naturaleza tornará á su nada.

Y entre tanto los mares se escondían,  
Gimiendo bajo el peso de las naves;  
Con fresco son los céfiros süaves  
Sus blancas velas cóncavas se henchían,  
Que sombreaban las inquietas olas:  
Temblaron de placer los africanos,  
Al divisar riberas españolas;  
Irguieron su alta frente los insanos,  
Y el acero apretaron  
Y de furor sus ojos relumbraron.  
A las playas con roncos alaridos,

Lánzanse, y á su vez Andalucía  
Carro, alfanje, furor prepara impía...  
Desparecen los llanos extendidos,  
Y los montes, cubiertos de guerreros,  
Que donde quier los encendidos ojos  
Convierten, en su gloria y poder fieros;  
Y gozan ya en idea los despojos,  
Y dicen: «Haga muestra  
»Ora su Dios de salvadora diestra.»  
Señor, ¿y contra tí? la impía gente  
¿Contra tí, excelso Dios?... Mas yo ¿qué veo?  
No burla, no, de engañador deseo  
Sueño fugaz, mi corazón, mi mente...  
¿Quiénes son esos fuertes campeones  
Que conduce el Señor á la pelea?  
Brilla la roja cruz en sus pendones,  
En sus diestras la espada centellea;  
Dios es quien fortalece  
Su brazo en lid, y su ánimo enardece.  
¡Héroes, un tiempo de la patria mía  
Sostén y honor, y ahora celestiales  
Milicias con laureles inmortales  
Resplandecientes en eterno día!  
Ora embrazáis escudo más hermoso,  
Ora blandís acero más brillante...  
¡Padres! ¡Oh padres! desde el solio hermoso  
Que enriquece el zafiro y el diamante,  
Con amor, no con saña,  
Volved los ojos á la triste España;  
A vuestra fiel España. En noble anhelo  
Sonará en tanto mi exaltada lira;  
Dirá cual palpitando en santa ira,

A hueste infiel abominable al cielo,  
«Venid, clamásteis; merecido pago  
»Os daremos, inicuos agresores:  
»Sangre con sangre, estrago con estrago;  
»Vosotros en caballos voladores  
»Fiaís, y en fuego y lanza;  
»Nosotros en el Dios de la venganza.»

Y cual voraz, embravecida llama  
Cébase, restallando en alta sierra,  
O como el viento, de confusa tierra  
En las hondas cavernas pugna y brama,  
Sordamente el profundo retumbando,  
Precipítanse en férvida pelea;  
Y mézclase rugiendo bando y bando,  
Y el aturdido suelo en sangre humea,  
Y gime y se estremece  
Y con el polvo el cielo se ennegrece.

Y los aceros crúzanse veloces,  
La lanza va á encontrarse con la lanza,  
Roncas iras encienden la matanza,  
Y tiembla el aire en horrorosas voces...  
¡Ved cuál huyen, cuál huyen!... ha triunfado  
El Señor, el terrible, el poderoso  
Sobre altísimos cedros exaltado,  
Sobre el excelso monte y orgulloso...  
¡Oh! Dad, dadme la lira:

La lira celestial; que Dios me inspire!  
¡Ved cuál huyen, cuál huyen los impíos!  
Pálidos ¡oh! y ansiosos y temblando...  
Mirad, cual los acosa centelleando  
El español indómito... ¡Los bríos  
A dónde del valor? ¡A dó los carros

Aligeros? ¡A dó los espumantes  
Caballos? ¡Dó los fuertes, los bizarros  
Bárbaros, que volaban arrogantes,  
Desnuda la cuchilla,

A devorar los campos de Castilla?

¡Mirad á los insignes campeones  
Que sacudieron con furor la tierra!...  
¿Y esos son ¡ay! los que en sangrienta guerra  
Yermaron atrozmente á las naciones?  
La tierra en vuestra muerte ha revivido,  
Las naciones palpitan de alegría,  
¿Quién abatió ese cedro enaltecido  
Que la frente en los cielos escondía?  
Vi su pompa: ¡qué fiera!

Pasé, volví á mirar, y ya no era.

Alzate, España, y triunfa, que el glorioso  
Clamor hinche la tierra, al cielo llena...  
Españoles, ¡oís, oís cual truena  
Una voz en Oriente luminoso?  
Voz en Oriente, voz en Occidente,  
Voz que enciende mi patria á la venganza:  
¡Mirad, cuál por los aires refulgente  
Vuela, agitando abrasadora lanza,  
Y en voz que al impío aterra,

Clama Arcángel terrible: «muerte y guerra!»

Y al grito vencedor alza medrosa  
Su yerta frente el Africa turbada  
Y escuálida y llorosa, la mirada  
Clavando ávidamente en la espaciosa  
Desierta mar, ¿y dónde mis queridos?  
¿Y mis hijos... dó están? clama temblando...  
Tus hijos... ¡oh, tus hijos! ya ceñidos

De gloria están, y de esplendor triunfando;  
Tus hijos... muerte cruda  
A la España ora dan con asta aguda.  
Aguarda, irán, irán. Tú, de victoria  
Ciñe el manto y laurel... ¡España! ¡España!  
Hierva esta vez en vividora saña,  
¡Hierva tu corazón! No sed de gloria;  
Ira del cielo te arrebate; ardiente  
No descifnas el casco; está encendido  
Tu acero, y de venganzas impaciente;  
Vuela, y pasa la mar, y con rugido  
Y hierro despiadado  
Despedaza su pecho amancillado.  
Y un fuego vengador á esas naciones  
Devore hasta en sus últimos alientos:  
Y sobre sus cadáveres sangrientos  
Tremolando tus rojos pabellones,  
Alza, España, la diestra asoladora,  
Y sacude la espada fulminante:  
Suene tu voz cual trueno, de la aurora  
Retumbando hasta el hondo mar de Atlante.  
Dí, España: «la victoria  
»El cielo me la dió, suya es la gloria».

DON MANUEL DE LA REVILLA

EL DIOS PAN

Á MI QUERIDO AMIGO RICARDO BLANCO

Quando Jesús el postrimer aliento  
Exhalaba en la cumbre del Calvario,  
Naturaleza en fúnebre sudario  
Sus galas ocultó.  
Y en los bosques de mirtos y laureles,  
Que al pie del sacro Olimpo se extendían,  
Voces tristes se oyeron que decían:  
—¡Pan, el gran Pan murió!  
Murió Pan, murió el sátiro divino  
Que con hendido pie la tierra hollaba  
Y los dorados cuernos sepultaba  
En la increada luz;  
Viuda Naturaleza de sus dioses  
Del Espíritu sufre el férreo yugo:  
Encadenóla fiero su verdugo  
Al pie de triste cruz.  
Ya no se escucha entre la selva umbria

Del fauno alegre la canción donosa,  
Calló por siempre la sirena hermosa,  
Apolo enmudeció.

¡Sólo se escucha de Satán sombrío  
Chocar las alas en las rotas peñas;  
Que á las ninfas hermosas y risueñas  
El diablo destronó!

. . . . .  
Siglos después, Bizancio corrompida,  
Hundidos vió sus muros altaneros  
Bajo los rudos golpes de los fieros  
Soldados del Corán;  
Pero al herir la corva cimitarra  
El santo suelo de la Grecia hermosa  
Rompió en pedazos mil la fría losa  
Que sepultaba á Pan.  
Quebróse entonces de la tierra el seno  
Del Dios ante el esfuerzo sobrehumano,  
Y del fondo del férvido Oceano  
Un nuevo mundo alzó.  
Rompió Naturaleza sus cadenas,  
Y desgarrando su mortuorio velo,  
Los tesoros recónditos del cielo  
Al hombre reveló.  
Y las ninfas la selva recorrieron,  
Y su voz las sirenas recobraron,  
Y en el profundo tártaro arrojaron  
Al lúgubre Satán.  
Y en los bosques de mirtos y laureles,  
Que al pie del sacro Olimpo se extendían,  
Alegres voces sin cesar decían:  
—¡Resucitó el Dios Pan!

## MEFISTÓFELES

AL SEÑOR DON MARIANO CALAVIA

—¡Quién eres, genio fatal,  
Que, matando mi ilusión,  
Arrastras mi corazón  
A los abismos del mal?  
¿Por qué, fraguando mi daño,  
Opones con tal cinismo  
Al amor el egoísmo,  
Al placer el desengaño?  
En vano quiero creer,  
En vano deseo amar,  
En vano intento buscar  
La ventura y el placer;  
Que si la dicha anhelada  
Alcanza mi afán ardiente,  
Me hiela el eco estridente  
De tu horrible carcajada.  
—Yo soy el genio del mal  
Y mi esencia es infinita;  
Yo soy el ser que limita  
La esfera de lo ideal.  
No soy del temido infierno  
El negro monarca infausto;  
Yo soy del eterno Fausto  
Mefistófeles eterno.  
Yo vivo dentro de tí,  
De tí recibo mi esencia;

Tú me debes la existencia,  
Pues no vivieras sin mí.  
Si de tí no fuera en pos,  
Aunque saberlo te asombre,  
Dejarías de ser hombre  
Para llegar á ser Dios.  
Por insondable misterio  
A que tu razón no alcanza,  
Destruir tu bienandanza  
Es mi triste ministerio;  
Y la eterna oposición  
Que halla en mí tu vanidad  
Es para tu voluntad  
El necesario agujón.  
Conmigo siempre luchando,  
Nunca vencer lograrás;  
Pero si adelante vas  
Irá mi fuerza acabando.  
Mi reino hacer más pequeño,  
Sin llegarlo á destruir  
Será, si sabes vivir,  
De tu razón el empeño.  
Pero no sueñes jamás  
En acabar con mi sér;  
Porque si logras vencer  
La existencia perderás.

### Á LA NATURALEZA

Un tiempo fué que el hombre en su locura  
Postrado te adoró,

Y del único Dios la esencia pura  
Por tu sombra velada se ocultó.  
Más tarde, por los hombres maldecida  
Cual hija de Satán,  
En mirarte humillada y abatida  
Cifraron, crueles, su inclemente afán.  
Hoy el misterio penetrar intentan  
De tu ignorado sér,  
Y ni te adoran ciegos, ni te afrentan  
Cual te afrentaron bárbaros ayer.  
Mas ¡ay! en vano penetrar tu esencia  
Intentará su ardor,  
Si no encienden la antorcha de la ciencia  
En el sagrado fuego del amor.

### EL TREN ETERNO

—¡Alto el tren!—Parar no puede.  
—¿Ese tren adónde va?  
—Por el mundo caminando  
En busca del ideal.  
—¿Cómo se llama?—Progreso.  
—¿Quién va en él?—La humanidad.  
—¿Quién le dirige?—Dios mismo.  
—¿Cuándo parará?—Jamás.

DON VENTURA RUIZ DE AGUILERA

---

EL CANTO DE LA ESPIGA

A Eugenio María Hortos.

I

El cielo ya se cubre  
De pardas brumas;  
Ya del otoño vienen  
Las frescas lluvias;  
Ya el buey al yugo  
Dócil se presta....  
Va á dar principio  
La sementera.

II

A la tierra, en el grano  
Que desparrama,  
El labrador confía  
Sus esperanzas.  
Hasta que verlas  
Cumplidas logre  
¡Qué de trabajos!  
¡Qué de temores!

III

En el invierno, todo  
Morir parece;  
Las aves han huído,  
Los campos duermen;  
Los altos montes,  
En nieve envueltos,  
Como fantasmas  
Se ven al lejos.

IV

En Mayo, todo es vida:  
Tornan las aves,  
Los hielos se derriten,  
Las flores se abren,  
Y los sembrados  
Semejan olas  
Cuando la brisa  
Pasa y los toca.

V

A sazonar los trigos  
Viene en pos Julio;  
Con su soplo de fuego  
Dora los frutos;  
Y entonces, dicen,  
Canta la espiga  
Lo que á cantaros  
Va la voz mía.

VI

Los bienes que en mi encierro  
Ponderar oigo;  
Mis granos los comparan  
Con granos de oro.  
Más que oro fino  
Mis granos valen,  
Y que las perlas  
Y los diamantes.

VII

El hombre que paz tiene  
Con su conciencia,  
Mas que la miel sabroso  
Mi pan encuentra;  
Como reñido,  
Con ella vive,  
Negro y amargo  
Me encuentra el crimen.

VIII

Yo soy la paz y el gozo  
De las familias;  
Palacios y cabañas  
Me necesitan.  
Año en que llenas  
Se ven las trojes,  
Todos respiran,  
Ricos y pobres.

IX

Si ha sido el año estéril,  
Veréis el hambre  
Recorrer las aldeas  
Y las ciudades;  
Madres que sufren,  
Niños que lloran,  
Penas sin cuento,  
Sonrisas pocas.

X

Aquel que por los hombres  
Subió al Calvario,  
Hizo de mi sustancia  
Símbolo santo;  
Pues si su sangre  
figura el vino,  
Yo soy el cuerpo  
De Jesucristo.

XI

En cada rubio grano  
Llevo escondidas  
Largas generaciones  
De otras espigas;  
Que en pan trocadas,  
Son para el pueblo  
Germen de fuerza,  
Maná del cielo.



XII

Labrador, si ha de darte  
La tierra frutos,  
Con sudor de tu frente  
Riega los surcos:  
Sin este riego  
No esperes nunca;  
Las nubes solas  
No la fecundan.

XIII

Hallará en su camino  
La reja tosca,  
Matorrales, y abrojos,  
Y duras rocas.  
¿Qué pensamiento,  
Qué noble empresa,  
Vence sin lucha  
Ni resistencia?

BALADA DE IBERIA

I

Dicen que va con España  
A casarse Portugal;  
Si mucho vale la novia  
No vale poco el galán.

El mismo sol los alumbra,  
La misma tierra feraz  
Rinde á sus pies, generosa,  
Ricos tesoros sin par.

Dos mares las costas bañan;  
Dos mares de nombre igual;  
En los propios claros rios  
Los dos contemplan su faz.

Una es su lengua armoniosa,  
Una su historia inmortal;  
En los siglos venideros  
Uno el destino será.

Bello fruto de estas bodas,  
Iberia al orbe ha de dar  
Envidia por su grandeza,  
Y por sus virtudes más.

*¡Cuándo ese día,  
Cuándo vendrá!  
¿Quién no lo ansía?  
¡Quién lo verá!*

II

Los dos cruzaron valientes  
Las soledades de un mar,  
Donde sonado no había  
La voz humana jamás.

Oro dicen que trajeron  
De su expedición audaz;  
No cuenta quien los acusa  
Lo que dejaron allá:  
Sangre, industria, ciencia y arte.

Entrada en la humanidad  
Dieron á razas dormidas  
En hondo sueño fatal.

Y entonces allí brotaron  
(Flores de su inmenso afán)  
Ciudades, talleres, templos,  
Maravillas que admirar.

¡Ojalá unidos por siempre  
Desde entonces, ojalá,  
Hubieran los dos estado  
Con vínculo fraternal!  
*¡Cuándo ese día! etc.*

### III

Todo el mundo conocido  
Resueltos los vió pasar  
A vencer los que imposibles  
Juzgaba la antigüedad:

Con el león de Castilla  
Las quinas de Portugal;  
Las barras aragonesas  
Con el blasón catalán.

Fuertes con sus libertades  
Y su poder colosal,  
En sus empresas llegaron  
Donde nadie llegará.

Ellos derrocan imperios,  
Ellos los saben fundar,  
Y uncen monarcas altivos  
A su carroza triunfal.

Hoy con recelo se miran,

Y no se conocerán  
Hasta que luzca la aurora  
Que tantos esperan ya.  
*¡Cuándo ese día! etc.*

### IV

El tiempo se acerca; un trono  
Ha barrido el huracán,  
Sobre él desplomando fiero  
Una oleada del mar.

Dinastías extranjeras  
Hollaron su dignidad;  
Si España tiene memoria,  
Ya nunca lo ocuparán.

Lázaro ha roto su tumba;  
La tiniebla huyendo va;  
El muerto resucitado  
Saluda á la Libertad.

En esta sagrada vía,  
Sin volver un paso atrás,  
Con el pueblo lusitano  
España se encontrará.

Y olvidando sus querellas,  
Su alianza sellarán,  
Fiel, sincera, indisoluble  
Con un ósculo de paz.

*¡Cuándo ese día! etc.*

### V

Iberia! yo te estoy viendo  
Bella, joven, celestial,

Como en sus ensueños pudo  
El poeta ambicionar.

Iberia! yo te estoy viendo  
Vestida de majestad,  
Presentarte á las naciones  
Con aplauso universal.

Iberia! yo te estoy viendo  
En el senado brillar  
De todos los pueblos libres,  
Tan alta como el que más.

Iberia! yo te estoy viendo  
Serenamente marchar  
Al porvenir que adivina  
La musa de nuestra edad.

Iberia! yo te estoy viendo;  
Iberia tú nacerás,  
Pues han de hacerse las bodas  
De España con Portugal.

*Ese gran día*

*No saltará;*

*¿Quién no lo ansia?*

*¡Quién lo verá!*

## DON ANTONIO HURTADO

---

### LA MAYA

No tiene el sol méjor rayo,  
Ni de luz más bienhechora,  
Que el rayo aquél que colora  
La primer alba de Mayo.  
Pues tanta vida y calor  
Sobre los campos derrama,  
Que apenas hay una rama  
Que no se convierta en flor.  
Y es que Dios, desde su asiento,  
Con la aurora de ese día,  
Pródigo á la tierra envía  
Un átomo de su aliento.  
Átomo de esencia tal  
Y de tan rica fragancia,  
Que siendo nueva substancia  
Y nuevo germen vital,  
A su contacto fecundo  
Hierva la tierra, y parece  
Que se agita y se estremece  
Loco de placer el mundo.